

¿Sujetos en (des)composición? Sobre *La vida significativa de Felipe Erickson* de Daniel Romero Holst

¿Subjects in (de)composition? About Daniel Romero Holst's *La vida significativa de Felipe Erickson*

Roberto Ponce Cordero*

Resumen

La vida significativa de Felipe Erickson, de Daniel Romero Holst, es una obra inclasificable que no está a medio camino entre el cuento y la novela sino que no responde a ninguno de los dos géneros y que presenta características tanto argumentales como del orden de la producción textual de subjetividades que son específicamente guayaquileñas y, también, intercambiamente globales. Por medio de un marco teórico basado en Glissant, este artículo aisla algunas de las particularidades de la obra relativas a su construcción de sujetos vacíos y/o en (des)composición para reflexionar sobre la significatividad de *La vida significativa*.

Palabras claves: Literatura ecuatoriana, Guayaquil, subjetividades, Daniel Romero Holst, Édouard Glissant.

Abstract

Daniel Romero Holst's *La vida significativa de Felipe Erickson* is an unclassifiable work that is not in-between the novel and the short story but actually does not respond to any one of these genres. Besides, it presents features, both in the realm of its plot and in the realm of the production of subjectivities, that are specifically from Guayaquil, Ecuador, and at the same time fully global in their interchangeability. Using a theoretical framework based on Glissant, this article isolates some of those features and inquiries into how empty subjects who are in (de)composition are constructed in the narrative, in order to reflect on how significant *La vida significativa* really is.

Keywords : Ecuadorean literature, Guayaquil, subjectivities, Daniel Romero Holst, Édouard Glissant.

* Ecuatoriano, PhD en Literatura y Estudios Culturales de la Universidad de Pittsburgh y Master en Historia y Literatura de la Universidad de Hamburgo. Ha ejercido la cátedra universitaria en Ecuador y Estados Unidos, participado en conferencias académicas en Ecuador, Estados Unidos, Brasil y Alemania, y publicado artículos sobre violencia de género y narrativa latinoamericana, entre otros temas. En años recientes, ha trabajado como Coordinador Académico de la Universidad Nacional de Educación de Azogues y como Director Nacional de Mejoramiento Pedagógico del Ministerio de Educación de Ecuador, institución en la que también se ha desempeñado como asesor del Ministro y del Viceministro de Educación, robponcor@gmail.com

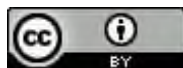
INTRODUCCION

Publicada en diciembre de 2007, *La vida significativa de Felipe Erickson*, escrita por el guayaquileño Daniel Romero Holst (1977), es una obra inclasificable que no está propiamente a medio camino entre el cuento y la novela –como la novela corta clásica–, sino que no responde realmente a ninguno de los dos géneros. Conformado por diez partes numeradas, el libro es una serie de relatos de cronología inexistente sobre personajes recurrentes que a veces se conocen y a veces no, que a veces son amigos y a veces se matan entre sí, que a veces mueren (sí, que a veces más de una vez mueren) y a veces no. Como narrativa actual que, hasta ahora, ha sido olímpicamente ignorada por la crítica ecuatoriana y del exterior, pero que sin duda presenta características tanto argumentales como del orden de la producción textual de subjetividades específicamente guayaquileñas y –también– específicamente globales que distan de ser comunes en el panorama de la literatura nacional actual, la obra de Romero Holst puede ser productivamente insertada en el contexto del Circuncaribe para expandir el lente crítico y darle un espacio de posibilidad más allá de la mera anomalía. Ese es, precisamente, el objetivo de este trabajo, en el que comenzaré definiendo un marco teórico fuertemente basado en el pensamiento de Édouard Glissant para, después, justificar la inclusión de un libro guayaquileño en el universo del Circuncaribe. En un paso posterior, entraré directamente al texto para aislar algunas de sus particularidades relativas a la construcción de sujetos vacíos y/o en (des)composición y para, finalmente, intentar reflexionar sobre la significatividad en este contexto, o no, de *La vida significativa*.

CULTURAS COMPUESTAS, IDENTIDAD RIZOMATICA Y SUBJETIVIDADES EN COMPOSICION

En su libro *Introduction à une poétique du divers*, que recoge una serie de conferencias pronunciadas en diferentes lugares de Europa durante los años noventa y fue publicado en 1996, el poeta y teórico del departamento francés de la Martinique Édouard Glissant establece una distinción entre tres tipos de Américas: en primer lugar, “l’Amérique des peuples témoins, de ceux qui ont toujours été là et que l’on définit comme la Mésio-Amérique, la *Meso-America*” o, en otras palabras, la América indígena; en segundo lugar, “l’Amérique de ceux qui sont arrivés en provenance d’Europe et qui ont préservé sur le Nouveau continent les us et coutumes ainsi que les traditions de leur pays d’origine, que l’on pourrait appeler l’*Euro-America* et qui comprend bien entendu le Québec, le Canada, les Etats-Unis et une partie (culturelle) du Chili et de l’Argentine”; y finalmente, en tercer lugar, “l’Amérique que l’on pourrait appeler la *Neo-America* et qui est celle de la créolisation [et] est constituée de la Caraïbe, du nord-est du Brésil, des Guyanes et de Curaçao, du sud des Etats-Unis, de la côte Caraïbe du Venezuela et de la Colombie, et d’une grande partie de l’Amérique centrale et du Mexique” (13).

Por supuesto, esta es una distinción básicamente analítica, ya que, en rigor, “[c]ette partition ne comprend pas de frontières; il y a des imbrications de ces trois Amériques” (13). Al fin y al cabo, como dice Glissant, el elemento indígena está presente en los países de América del Norte, del mismo modo que países como Colombia y Venezuela, mencionados en la enumeración anterior como parcialmente pertenecientes al Caribe, contienen también regiones andinas que forman parte, más bien, de “*Meso-America*”. Para Glissant existe, sin embargo, una diferencia



fundamental entre las tres Américas. En efecto, mientras que en “Meso-America” y en “Euro-America” predominan las culturas atávicas, es decir aquellas “dont la créolisation s’est opérée il y a très longtemps”, las poblaciones de los países de “Neo-America” o, más específicamente, de los del Caribe en su sentido amplio, es decir de lo que podríamos llamar Circuncaribe, se caracterizan por lo que Glissant define como culturas compuestas, “dont la créolisation se fait pratiquement sous nos yeux” (22).

La creolización, por su parte, es un proceso de relacionalidad e interacción de elementos poblacionales y culturales heterogéneos que, a diferencia del mestizaje, tiene resultados imprevisibles e incalculables (85), creando “microclimats culturels et linguistiques absolument inattendus, des endroits où les répercussions des langues les unes sur les autres ou des cultures les unes sur les autres sont abruptes” (19), y cuyas dinámicas están marcadas por “des chocs, [...] des harmonies, [...] des distorsions, [...] des reculs, [...] des repoussements, [et] des attractions entre éléments de culture” (20).

La presencia del elemento africano en el Circuncaribe, con todo lo que dicha presencia implica en términos históricos y culturales, hace que éste constituya, para Glissant, un verdadero laboratorio de creolización acelerada (14) y, por lo tanto, de composición continua y permanente de identidades rizomáticas (23). Éstas, por su parte, son identidades fundamentalmente inestables y en composición, no tanto basadas en una raíz única y firmemente asentada, digna de ser delineada hasta las más remotas profundidades de la historia y hasta la revelación de un mito de génesis (61-64), sino más bien elaboradas en las tensiones y energías generadas por una relación móvil y cambiante entre diferentes raíces que se acercan a otras y se alejan de otras de manera siempre volátil: “si on conçoit une identité rhizome, c’est-à-dire racine, mais allant à la rencontre des autres racines, alors ce qui devient important n’est pas tellement un prétendu absolu de chaque racine, mais le mode, la manière dont elle entre en contact avec d’autres racines: la Relation” (31).

Por descontado, la pregunta que surge casi automáticamente es hasta qué punto la localización de culturas compuestas, sujetos en composición e identidades rizomáticas en el Caribe es problemática o hasta justificada. Aunque dista de ser un esencialista clásico, e incluso no puede ser propiamente considerado uno *sui generis*, cuando asegura, por ejemplo, que el Caribe es un mar que difracta, mientras que el Mediterráneo es uno que concentra (14), Glissant se acerca peligrosamente a un cierto esencialismo racial / cultural / geográfico que está siempre en tensión, por otro lado, con la historicidad característica y *sine qua non* de sus propias tesis. Después de todo, él mismo reconoce que en el Occidente presocrático las nociones relacionales de subjetividad e incluso de identidad eran las que primaban: “Dans les cultures occidentales, on dit que l’absolu est l’absolu de l’être et que l’être ne peut pas être sans se concevoir comme absolu. Pourtant déjà chez les présocratiques, la pensée prévalait que l’être est relation, c’est-à-dire, que l’être n’est pas un absolu, que l’être est relation à l’autre, relation au monde, relation au cosmos” (30). Además, Glissant mismo plantea un modelo por definición maleable e impredecible, en el que los procesos de creolización se dan, con diferente intensidad y con diferentes ritmos, así como con diferentes matices, en todos lados del mundo:

“On s’aperçoit que les cultures composites tendent à devenir ataviques, c’est-à-dire à prétendre à une sorte de perdurabilité, d’honorabilité du temps qui semblerait nécessaire à toute culture pour qu’elle soit sûre d’elle même et pour qu’elle ait l’audace de s’affirmer. Les cultures ataviques tendent à se créoliser, c’est-à-dire à remettre en question ou à défendre de manière souvent dramatique –

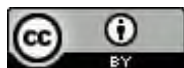
voir la Yougoslavie, le Liban, etc. – le statut de l’identité comme racine unique” (22-23)”

En otras palabras, y para ponerlo de forma expresamente reduccionista y apresurada –al fin y al cabo, cualquier discusión medianamente exhaustiva al respecto requeriría por lo menos un ensayo propio –, quizás la condición caribeña de subjetividad en permanente composición es, en última instancia, la condición latinoamericana, la condición periférica o, en un mundo ya inevitablemente marcado por procesos de globalización e hibridez cultural, la condición humana. Eso justificaría de entrada el uso de la terminología glissantiana, diseñada para dar cuenta de culturas compuestas como las del Circuncaribe, para comentar y analizar por primera vez la obra del guayaquileño Daniel Romero Holst.

GUAYAQUIL CARIBE

No obstante, incluso si aceptamos un concepto del Circuncaribe (o de “Neo-America”) menos incluyente que lo que el prefijo “circun” (que significa “alrededor”) promete, y más atado a la tiranía de la geografía que lo que la noción de imprevisibilidad de Glissant permite pensar, es posible argumentar por qué la consideración de la literatura de este autor como parte del continuo caribeño, y de hecho la de la literatura guayaquileña en general, resulta no sólo deseable sino indispensable. Por supuesto, todos sabemos que Guayaquil está, en términos geográficos “objetivos”, en la costa pacífica de América del Sur y que, por lo tanto, queda “obviamente” fuera de cualquier cosa que pueda ser “realmente” llamada “Caribe”. Sin embargo, tanto según la teoría de Glissant – al menos si es llevada a sus consecuencias lógicas – como según las sensaciones subjetivas de quienes, como Romero Holst, han crecido bajo la influencia de un imaginario empeñado en auto-caracterizarse como “caribeño”, el Caribe es más bien una experiencia que un lugar, una forma de ser, o más bien de querer ser, que un territorio concreto, real.

Para empezar están las condiciones geográficas “naturales”. En opinión de virtualmente todos los historiadores y analistas sociales y económicos ecuatorianos de finales del siglo XX que han intentado explicar el paralizante fenómeno de la exacerbada enemistad entre los habitantes de la sierra y de la costa de su país (Osvaldo Hurtado Larrea 1970, Agustín Cueva 1972, Patricio Martínez 1980, Enrique Ayala Mora 1993, Alberto Acosta 1998, etc.), como resultado de estas condiciones “naturales” las relaciones entre las diferentes regiones que hoy pertenecen al Ecuador fueron prácticamente inexistentes, o al menos inconsistentes, durante toda la historia colonial e, incluso, durante gran parte de la era republicana. En cambio, gracias a su situación geográfica en la costa ecuatoriana, que representa el punto más saliente de la costa occidental de América del Sur, Guayaquil es un puerto de mar que históricamente ha tenido fortísimos lazos comerciales y culturales con Valparaíso y el Callao, pero también, y quizás aun más estrechamente, con Panamá y, por vía del istmo, con Cartagena y otras ciudades del Caribe propiamente hablando (de hecho, ya en el siglo XVIII Guayaquil era nombrada, en textos virreinales oficiales, en el mismo respiro en que se mencionaba a esas otras tres urbes caribeñas, como para enfatizar la similitud entre ellas [citado en Ponce-Cordero 79]). Si a esto sumamos el clima tropical de una ciudad de la zona tórrida que está ubicada al nivel del mar y que no conoce diferencias entre estaciones más allá de la que –fundamentalmente, eso sí– existe entre la temporada de lluvias y la temporada seca, vemos que Guayaquil se asemeja más a la típica ciudad del archipiélago del Caribe y que, de hecho, puede ser considerada como un enclave insular más



de dicho archipiélago si entendemos la figura del archipiélago como una móvil y cambiante, en composición.

Las similitudes climáticas y geográficas se relacionan, a su vez, con similitudes en modelos de organización económica y, hasta cierto punto, con índices poblacionales y demográficos. Como explica María Luisa Laviana Cuetos en su estudio *Guayaquil en el siglo XVIII*, Guayaquil como ciudad y provincia que incluía la casi totalidad de la actual costa ecuatoriana experimenta, durante el auge de las reformas borbónicas de las postrimerías de la colonia, su primer boom cacaotero (179-180), que viene acompañado, además, por una migración sin precedentes que cambia la faz de la ciudad (108). Ambos procesos, con los altibajos propios de una economía periférica sujeta a un precario sistema de plantación y exportación –como el de la casi totalidad del Caribe–, continuarán durante las décadas y los siglos posteriores. De este modo, aunque nunca fue propiamente una urbe negra, y sigue sin serlo, la heterogeneidad radical que caracteriza a una zona de migraciones transnacionales y multilaterales como el Caribe tiene ya desde antes de la independencia su manifestación modesta en Guayaquil, que en efecto ha alojado históricamente a importantes comunidades afroecuatorianas (Townsend 1996), libanesas (Almeida 1996) e indígenas (Conniff 1977), entre muchas otras.

Finalmente, y como dice O. Hugo Benavides en su excelente *The Politics of Sentiment* al discutir el trabajo de Jamaica Kincaid sobre la interacción edípica-colonial en escenarios postcoloniales, la pregunta no es tanto si Guayaquil “es” parte del Caribe o no, sino cómo es representada en el imaginario y por qué:

“Although Kincaid’s literary and memoir analysis deals with the Caribbean, specifically, Antigua, I do not believe Guayaquil, also traditionally claimed as a Caribbean city, is that far removed from this experience. Guayaquil is perhaps more Caribbean than Andean in many regards, particularly because of its port mentality, its position in the southern extension of the slave trade, and its overall musical and cultural production. I do not intend to argue about whether Guayaquil is Caribbean or not; rather, I believe that the city has systematically used Caribbean imagery to depict what being from Guayaquil is about. At the same time, the Caribbean imagery has had definite consequences for the city in terms of cultural products, including musical genres, fashion, and linguistic variations” (40-41).

Esta es, probablemente, la razón por la que las personas de Guayaquil se enorgullecen, un poco absurdamente en mi opinión (¿cómo enorgullecerse de una casualidad biográfica?), de venir del que llaman, en una frase hecha que, con insignificantes variaciones, conocen *todos*, “el puerto más al sur del Caribe”. Y es que aunque, extrañamente en mi opinión, no haya aún bibliografía que se refiera a este fenómeno identitario en particular, este lugar común es tan común, de hecho, y como tal tan poco cuestionado, que en el artículo “198 razones para amar a Guayaquil”, publicado el 9 de octubre de 2009 –es decir en la fecha de la independencia de la ciudad– en el diario *El Universo* –con diferencia el más leído del país entero–, hasta el escritor colombiano Diego Alejandro Jaramillo, que vive en la ciudad ecuatoriana, declaró que la “amaba” nada menos que “Por su aire caribeño a pesar de estar en el Pacífico”.

ESPECIFICIDAD GUAYAQUILEÑA E INTERCAMBIABILIDAD NARRATIVA EN
LA VIDA SIGNIFICATIVA

Como producción literaria guayaquileña, entonces, el indefinible libro *La vida significativa*, que no es propiamente ni una novela corta ni una colección de cuentos –y que yo por lo tanto procuraré tratar casi siempre como un todo en este ensayo–, constituye un ejemplo de literatura caribeña en el sentido glissantiano del término, es decir un producto de una cultura compuesta en el que se despliega la búsqueda narrativa de una subjetividad igualmente compuesta o, mejor, en composición. De hecho, incluso prescindiendo de las consideraciones teóricas anteriores, así como de las maniobras argumentativas necesarias, en un mundo fuertemente organizado de acuerdo a ejes geográficos, este volumen hubiera podido ser considerado un producto tal. Después de todo, aunque escrito por un guayaquileño, Daniel Romero Holst, coincidentemente nacido hace 40 años en el ya mencionado día de la independencia de su ciudad, gran parte de la diégesis de *La vida significativa* transcurre en Nueva Orleans post-9/11 y pre-Katrina, un lugar de resonancias casi míticas que, además, tanto por ubicación como por historia como por composición poblacional y social pertenece, ese sí indudablemente, al Circuncaribe.

En los diez relatos que conforman *La vida significativa* hay dos personajes principales recurrentes, Felipe Erickson y Andrés, que casi siempre hacen también las veces de narradores, intercambiándose incluso a veces –como en el relato “10” (todos los relatos sólo tienen cifras del 1 al 10 como títulos)– este rol párrafo por párrafo. Los dos son extraños sicarios de nacionalidad ecuatoriana que viven, por diferentes razones, en Nueva Orleans, y que trabajan bajo la égida, pero también bajo constantes amenazas, de un mafioso ítalo-americano llamado Blade Muldano. Más allá de su nacionalidad, de su profesión y de su afición al alcohol y a postergar el cumplimiento de sus misiones en cantinas y borracheras ad hoc varias, así como del hecho de que parecen compartir un apartamento cerca del lago Pontchartrain (al menos en “3” y en “8” da la impresión de ello, aunque en “6” Erickson dice que está siempre preocupado, entre otras cosas, “por lo insoportable de mi *roommate*, gringo, para colmo” [66]), estos dos personajes tienen señas biográficas diametralmente distintas. Así, Andrés es una persona de clase media más bien baja (con lo que eso significa en países pobres como Ecuador), como demuestra, por ejemplo, su recuento de las circunstancias que lo llevaron a emigrar:

“La situación en Guayaquil se volvió insoportable, loco, como que siempre fue la misma mierda, pero hace cuatro años me dije que se acabó esa huevada... Un día, en Montañita, me topé con una gringuita que como que gustó de mi morenidad, de mi inglés de colegio fiscal (señas con la lengua alrededor de su clítoris), y me dice que me vaya con ella a California. Yo ni pendejo, agarro mis dos huevadas y me voy con ella” (“8”: 93).

El Felipe Erickson del título, en cambio, es estudiante de administración de empresas y, ya desde su apellido, está claramente marcado como un descendiente de la migración europea a Ecuador y, como tal, por definición como un miembro de la clase alta de su país: “Erickson era diferente porque aparece en el ‘Cuéntamelo Todo’ de *El Universo*. Foto sonriente, whisky en mano abrazando a culo [...]. Ahora hasta me cuentan que lo hacía en De farra *dot com* también. Todo aniñado” (“1”: 23). Eso sí, como explica una *bartender*, “ni verga (parada) que Erickson es de Tulane o Loyola, dejando tan poco *tip* como dejó, [...] es chiro [pobre] de uno por uno, y sólo dejó tres, [...] y [...] por lo tanto es de UNO [University of New Orleans]” (“4”: 45). En otras palabras, por “mucho historia de [...] llegada de [...] abuelo vikingo a puerto del astillero” que



tenga (“8”: 85), Erickson personifica casi arquetípicamente la decadencia económica de una burguesía local pensada, al igual que la raza, en términos dinásticos: “Le pregunto lo mismo a él y me dice que su papá había estudiado en Loyola de California, que lo de abuelo rico, hijo clase media, nieto pobre, como que es medio aplicable a su familia [...]. Pero que ahí van. Que no alcanzó para California pero que en Louisiana está” (“8”: 96).

Tan diferentes son estos personajes, de hecho, que cuando se conocen lo único que tienen en común es el fútbol, como cuenta Andrés: “Pensar que yo se lo presenté a Muldano cuando andaba llorando como buen veinteañero, sin saber qué mierda hacer de la vida. Me sale con que somos paisanos, pero más que nada con la alineación de Barcelona vs. Olimpia en la Copa Libertadores de América del 90” (“7”: 81).

Quizás esta diferencia fundamental entre Felipe y Andrés se hace más evidente aún cuando, durante un viaje a Guayaquil en el que, en un giro postmoderno, tienen que secuestrar a Peter Romero para vengarse de su hijo, Daniel Romero Holst (de quien al menos Andrés, en otra muestra de poca sofisticación, no entiende por qué insiste en usar el apellido compuesto: “No sé qué pretende, Romero, cree que van a nombrar dos calles [...] con sus apellidos: Romero una, y Holst la perpendicular; [...] esquinita Romero-Holst” [“10”: 112]), tienen la oportunidad no sólo de enfrentarse a su ciudad natal y sus características propias de una modernidad periférica, sino también de constatar cómo reacciona el otro ante este enfrentamiento. Erickson, por ejemplo, dice, en lo que constituye una descripción bastante descarnada y sin duda aristocráticamente despectiva de las escenas que se viven en los aeropuertos latinoamericanos a la vuelta de los migrantes económicos:

“Claro que el huevón de Andrés no entendió nada de lo que le dije [...]. Llegará a Guayaquil completamente lúcido, con preocupaciones reales sobre su aliento después de vuelo [...]. Tendrá toda la razón del mundo de evitar besar a mamá, tía, abuela, hermanos, cuarenta primos, padrino, cura, panita de tiendita de esquina, Milton, Jefferson, Wilmer, Juanita, Lucio, más *bróders*, Félix, Washington, que lo saludan desde el techo del aeropuerto hacia avión que aterriza; y a esa distancia es que los quiere mantener Andrés con el aliento que teme que tiene, y tiene” (“10”: 106-07).

Andrés, por su parte, parece burlarse de la actitud elitista de Erickson, pero cae, como sin querer, en un discurso no menos provocado por el asco:

“Realmente es patética la cara de Felipe caminando por el centro de Guayaquil. Esa cara de curiosidad que sólo le pudo proporcionar haber habitado en suburbio gringo, pero en el norte de esta misma ciudad, toda su vida hasta su exilio educativo. Nunca se paseó por estas calles, y ahora que lo tiene que hacer, no deja de sorprenderse por pequeñeces como las alcantarillas enormes sin tapa, el juguito en funda, *business lunch-breaks* en tarrina, iguanas que huyen a hambrientos en parque: evolución darwiniana, *survival of the fittest*, corre que corre va la iguana; la manada de indiecitos con tres negritos colados que se aproxima a carros en semáforos, una india saca piojos que malabarea a criatura sobre espalda, con doce alrededor de sus alpargatas, y mocos pegosteados circundando las fosas nasales de todos; transacciones policiales bajo licencia que esconde 5 dólares, y él *vaya nomás*” (“10”: 109).

En un ensayo inédito del guayaquileño Carlos Burgos Jara que fue leído durante la presentación pública de *La vida significativa* en diciembre de 2007, el autor dice que, en los relatos de Romero Holst,

“Asistimos a un verdadero catálogo de arquetipos ecuatorianos: burócratas serranos, gringos con indigestión de Pilsener y cebiche, cholos arribistas, añiados superficiales, presentadores de televisión, entre muchos otros. Todos, no obstante, son presa de la banda de Muldano. Todos son igualados, en la muerte, por el pulso destructivo que recorre el libro. La mirada sin amor de los diferentes narradores por el espacio que recorren y por los personajes que encuentran es total” (n.pag.).

Aunque lamentablemente se decanta después por una –en mi opinión muy cuestionable (y volveré a este punto en breve)– comparación entre *La vida significativa* y *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo (1994), Burgos Jara menciona aquí dos aspectos de suma importancia para la lógica narrativa de la primera de estas dos obras: 1) la fortísima y casi obsesiva referencialidad a la ecuatorianidad y, más particularmente, a la guayaquileñidad, presente en todos y cada uno de los relatos (una referencialidad por cierto consciente; las últimas líneas del texto son, en efecto, “no hay rastros de Peter Romero. Primero, creemos que puede estar en Guayaquil, segundo, pensamos que puede haber sido llevado a Colombia. Tercero, tememos que puede estar en cualquier parte del mundo, muy a diferencia de estos cuentos locales...” [“10”: 113]); y 2) el hecho de que, pese a las diferencias sociales de los personajes, reinscritas constantemente y con no menos obsesividad en el texto, las voces narrativas de *La vida significativa* son, en última instancia, básicamente indistinguibles e intercambiables.

El primero de estos aspectos, el de la referencialidad constante a una realidad abyecta, pone a este libro en diálogo con otras producciones literarias del Circuncaribe actual (*Animal tropical* [2000] del cubano Pedro Juan Gutiérrez, *Summertime* [2005] del dominicano Juan Dicient y *donde* [2005] del cubano radicado en Puerto Rico Eduardo Lalo son tres ejemplos pertinentes). Su tono irredimiblemente despectivo, sin embargo, lo distancia de estas producciones, y lo ubica efectivamente más cerca de un Vallejo. No obstante, la diferencia entre Vallejo y Romero Holst radica en que el narrador-protagonista *único* del primero, Fernando, tiene una opinión bastante elevada de sí mismo, y cuando lanza diatribas contra la calamidad que es el Medellín de los años noventa del siglo XX asume, sin perderla ni por un instante, una posición de superioridad que es afianzada por sus conocimientos del latín, sus reflexiones sociales que contienen una solución (en este contexto, es irrelevante que la solución propuesta sea el exterminio sistemático de las clases bajas) y, crucialmente, su capacidad de dirigir los actos de los sicarios Alexis y Wilmar: Fernando es, para todos los efectos, el ser que se concibe como absoluto, para parafrasear a Glissant.

Los narradores de Romero Holst, en cambio, desprecian el mundo y todas sus manifestaciones, pero son esbirros sometidos a los caprichos de Muldano: “Yo [Erickson] que andaba así como medio depre, sin ganas de nada, con miedo a todo lo que a Muldano se le pueda ocurrir mandarme a hacer” (“6”: 63). Más significativamente aún (si el término procede), dudan también, constantemente, e incluso en momentos de excesiva autoconfianza, de su propia valía, como demuestra este pasaje –elegido por encima de otros muchos posibles– en el que Andrés se pregunta por qué se siente atraído por las mujeres que limpian el condominio en el que vive con Felipe en Nueva Orleans:



Roberto Ponce Cordero

En el carro me digo que todo esto de la atracción es producto más que nada, en tono de broma que se encarga de hacerme reír, de complejos mal sanados de fiestas de Guayaquil. Cinco tipas iguales pero sin escobas: María del Carmen, María del Pilar, María Fernanda, María de la Paz, María de los Ángeles. Todas riquísimas, y por eso, nada de escobas. Hola, y las hijaeputas como si nada. *Moviendo la cadera, moviendo la cadera*, me imagino bailando alrededor de ellas, cercándolas, como si eso se pudiera hacer en fiestas de allá... Tiro discoteca progresiva, tipo argentino caretuco [atorrante]. Argentino más bien. Hola, como tratando de meterme en su círculo, y ellas como que se encargan de barrerme con pelo que lanzan hacia atrás tipo propaganda de Wella de los 80, ya que me fui hacia allá. Y nada de cascos que revelen a una bestia andando en moto; espaldas solamente, cinco nalgas que se alejan hacia otro lado. Me río más dentro del carro, porque sé que ni siquiera me atrevía a decirles hola. (“3”: 34-35)

Sujetos radicalmente precarios e igualados por un orden que no comprenden, entonces, y que comparten una mirada distante e iconoclasta que no los hace inmunes a la conciencia de su propia condición de fracasados, Andrés y Erickson carecen, aparte de las diferencias biográficas arriba establecidas, de cualquier cosa que pueda ser llamada personalidad individual. De hecho, son básicamente intercambiables, y a veces es difícil, en el proceso de lectura, establecer quién está hablando, o quién es quién, en un momento determinado.

En esto, y no casualmente también tanto en la hiperreferencialidad como en la manera cinematográfica como ven el mundo, la visión narrativa de *La vida significativa* se parecen, más que a la de Vallejo, a la de las así llamadas *blank fictions* norteamericanas de los años ochenta y noventa del siglo XX, y muy especialmente a la de la que es probablemente la más famosa de estas ficciones, *American Psycho* (1990) de Bret Easton Ellis (Annesley 19). Dejando de lado el peliagudo asunto de si la influencia es directa e “intencional” o no –asunto que no por peliagudo me parezca en absoluto importante–, lo cierto es que estamos, en estos relatos, ante subjetividades cuya verborrea, como las del psicópata americano de Ellis, Patrick Bateman, nunca logra velar del todo la única verdad profunda existente sobre esas mismas subjetividades, es decir que, detrás de la superficie y de la máscara conveniente que provee el oficio de asesino en serie, no hay ninguna verdad profunda. Inolvidable por ejemplo, en Ellis, el pasaje en el que Bateman explica que, por más similitudes que parezca tener con un individuo provisto de vida interior y *significativa*, “*I simply am not there. It is hard for me to make sense on any given level. Myself is fabricated, an aberration*” (377).

FELIPE ERICKSON O EL SUJETO VACÍO EN (DES)COMPOSICIÓN: “4”

Al igual que Bateman, los personajes de *La vida significativa* carecen de cualquier tipo de profundidad que los redima y, en ese sentido, son más sujetos vacíos, profundamente vacíos pues, que sujetos en composición. Sin embargo, y paradójicamente, en toda su vacuidad se diferencian entre ellos –también *profundamente*– por su procedencia de clase y, quizás consecuentemente (como consecuencia de la visión elitista y del tono despectivo de la obra en general y de los personajes en particular), por la insistencia con la que la obra regresa, una y otra vez, al asunto de la genealogía de Erickson, así como a los intentos de este personaje, y de otros, por darle un



sentido a dicha genealogía y a esa composición de subjetividades basada en migraciones que, sin embargo, jamás parece fructificar. Para ponerlo en palabras del ya citado Burgos Jara,

“El protagonista [Erickson], como todos los personajes del texto, es un pobre diablo atormentado por los complejos sociales. Pero, a diferencia de los otros, es un ser escindido entre un país al que está irremediabilmente anclado y un difuso origen noruego que el personaje por más que se esfuerza nunca puede armar del todo. Esa escisión marca en su discurso un sentido de extrañeza y ajenidad que le impide ubicarse con comodidad en ningún lado” (n.pag.).

Esto ya está anunciado, por supuesto, desde el título mismo del volumen, que no sólo por su excesiva semanticidad, sino también por el contraste de ésta con la portada del libro (un vaso desechable del Burger King caído sin gloria en una acera sucia, entre otras cosas, por la mancha que produce su contenido derramado) deja claro, ya desde la primera mirada –ni siquiera desde la primera lectura–, que se trata de un título irónico y que el Felipe Erickson que se presenta en él no tendrá, bajo ninguna circunstancia, una vida que pueda considerarse “significativa”. Pero no se trata sólo de Erickson, sino de toda la estirpe de la que proviene. Ya se ha mencionado, por ejemplo, la existencia mítica de un abuelo vikingo, que es decisiva porque, como se dice muy temprano en el texto –y significativamente (otra vez, si procede) en el único relato narrado en tercera persona–, es la que sirve de fundamento para la visión asqueada del mundo de Erickson que constituye, por otra parte, su única protoidentidad: “Andrés no sabe cómo hacerle el approach ¿Cómo acabar con Erickson? ¿Cómo hacerlo llegar a haber sido? [...] Menosprecio del vikingo que Erickson llevaba adentro” (“1”: 23).

Pero es en el relato “4” que esta preocupación constantemente latente por el linaje adquiere centralidad. En cierta forma, se trata de la columna vertebral de la obra (quizás en tándem con “10”, aquel en el que los narradores no sólo están físicamente en Guayaquil sino que además se alternan y van describiéndose mutuamente), es decir de aquella parte que concentra a las otras y le da a *La vida significativa* una cierta, aunque tenue, fuerza centrípeta. En “4”, Muldano le asigna a Andrés la misión de –una de las tantas veces a lo largo del libro– matar a Felipe Erickson, estudiante que se dedica a visitar los bares de Muldano, en los que “se le escapan [...] sus ganas de morir [...] mientras le pide a la mesera [...] una cerveza más [...] que le hace terminar de decir que quisiera morir ahora mismo, si supiera que su vida ha sido significativa” (“4”: 43). Su condición de estudiante es una que Andrés deduce por medio de un delirante “proceso mental”:

“Del cómo me entero que es estudiante es difícil de explicar, conexiones que uno hace, casi sin querer, después de años de andar en el medio. Ganas de dejar de existir condicionadas a haber sido o ser significativo: [...] si no fuera estudiante hubiera dicho me mato para no ir a trabajar mañana, sin que importe el haber sido significativo o no” (“4”: 43-44).

Cuando finalmente lo encuentra en las inmediaciones del lago Pontchartrain, Erickson le dice a Andrés que “se siente más Enron que Erickson. Que no sabe para qué vive. Que lo mate ya” (“4”: 47). Como para no caer en un tono trágico que, ya de por sí, le daría a esta obra algo de “significación” y la haría “significativa”, sin embargo, Romero Holst inmediatamente cambia el registro: “Que lo mate ya, y luego como que me cuenta la vida del primo Pepe, que se casó con



Viviana, y que tiene dos hijos más con Pilar. [...] Que Guayaquil sigue siendo la misma mierda de siempre pero que igual debería irme ahora en el *summer* a visitar a toda la *genti...*” (“4”: 47).

Una vez llegados a la orilla del lago, Andrés empieza a leerle en voz alta a Erickson el contenido de un misterioso *dossier* escrito por un “secuaz” de Muldano, Roberto Intriago, y cuyo título es nada menos que “La Vida Significativa de Felipe Erickson” (con mayúsculas). En uno de los apartados del *dossier* dedicado al “linaje” se detallan hasta la exasperación las errancias de la ascendencia de Erickson, y de hecho la historia se remonta, incluso, hasta el mito originario: “Sigo: Felipe, vienes de vikingos atraca iglesias medievales, mata ballenas, mata clérigos, violatado. Noruegos que parieron noruegos que parieron noruegos hasta que uno de esos se decide por dejar Oslo” (“4”: 49), pero no todavía para dirigirse a América del Sur sino, primero, a Dinamarca. Allí, aparte de gastar el dinero de la familia en cerveza Tuborg y Carlsberg, así como en hacer las veces de mecenas de Hans Christian Andersen, los miembros de la estirpe terminan por “[a]burrirse de ver papas planas en la siguiente generación de Ericksons quienes, algunos, no todos, pelearon en la resistencia danesa contra los nazis, para que finalmente aparezca el que no peleó en puerto de Guayaquil fétido, con esos ojos que cautivaron a tu abuelita, Felipe” (“4”: 49).

En Ecuador, y precisamente por dichos ojos y por la genealogía noreuropea que hacen obvia, el abuelo se integra a la alta burguesía del último boom cacaotero e intenta, sin éxito, aplicar un programa consecuente de eugenesia “para deshacerse del problema de las invasiones en las tierras de John Frame (su primo político)” (“4”: 50). Después viene el nacimiento del padre de Erickson, “el Pepo Erickson”, y la paulatina decadencia económica de la familia que, pese al matrimonio del Pepo con la Chula Alvear, acaba por hundirse con el comercio del cacao y por el hecho de que se le haya pasado “la otra oportunidad como guineo apretado” (“4”: 50). Finalmente, nace Felipe Erickson, no por casualidad como producto de un embarazo no deseado, y acaba mostrándole sus genitales a su prima, enseñándole a sus compañeros de escuela a masturbarse, desvirgando a una “María de”, viajando por el mundo y escribiendo “libros con éxito crítico sobre la influencia de manos cuencanas en el porte del tomate ibérico, el proceso gastrointestinal del jugo del cebiche como respuesta inmigratoria inversa y el *best seller*: *La vida que no aparece*” (“4”: 51). Sorpresivamente y sin mayor explicación, entonces, Erickson muere de tanto escuchar su propia historia, pero sin sufrimiento, sino con una “sonrisita de felicidad significativa con la que Felipe dejó este mundo sobre banca mira lago” (“4”: 51).

Tenemos aquí, claramente, un sujeto que es resultado de una confluencia de un sinnúmero de mundos. Al mismo tiempo tenemos, no obstante, a un sujeto que es resultado de la negación de dicha confluencia, del distanciamiento voluntario de una elite europea y europeizante de las poblaciones originarias, o de las otras poblaciones inmigrantes, del espacio caribeño de Guayaquil. Es esta negación, justamente, la que genera la mirada asqueada, la sensación de vacío y de enajenación existencial, el horror tranquilo y resignado ante el abismo de la falta de significatividad.

Pero hay que recordar que Andrés, ese otro guayaquileño que sí está habituado al *modus vivendi* de las clases populares y que, por vivir en Nueva Orleans pero también –y a diferencia de Erickson– pertenecer a su país natal, puede ser considerado un ciudadano global, adolece de un síndrome similar: desprecio a flor de piel por la vida, ineffectualidad exagerada y, muy significativamente (por tercera vez, si procede), carencia de toda significatividad. Es sólo que, en esta visión ya ni siquiera pesimista, sino completamente distanciada de la guayaquileñidad y, por qué no, incluso de la más pura humanidad, los dos personajes complementarios, completamente diferentes y completamente iguales, cargan sus vacíos errantes y sus no-identidades, sus subjetividades en (des)composición pues, con signos culturales distintos (a Andrés le gusta Willie Colón, a Erickson le gusta Frank Black [“8”: 97]), pero siempre en una nada existencial que la



confluencia de culturas y la relación entre ellas, al menos para estos sujetos, jamás logrará erradicar.

CONCLUSIÓN

En este sentido, el sujeto que emerge de *La vida significativa* es uno que, pese a reflexionar continuamente y, como en “4”, de manera bastante exhaustiva sobre sus raíces, sobre los desencuentros en las que dichas raíces se fueron prolongando, y sobre su propia identidad actual, no puede más que concluir en la nada, en la disolvencia irónica y en una fragmentada superficialidad. Se trata de todo lo contrario, entonces, del sujeto en composición de Glissant, cuya visión de la relación y del caos-mundo es, acaso, demasiado optimista y celebratoria. Al fin y al cabo, él mismo dice que “Aujourd’hui, nous avons à concilier l’écriture du mythe et l’écriture du conte, le souvenir de la Genèse et la prescience de la Relation, et c’est là une tâche difficile. Mais quelle autre semblerait plus belle?” (63-64) Quizás lo que nos enseña un texto como el de Daniel Romero Holst es, precisamente, que la tarea no es sólo difícil pero bella, o bella pero difícil, sino que debe también confrontar la existencia de subjetividades ya inevitable e irreparablemente vacías, y que de tanto anhelar componerse sin atinar sin embargo a hacerlo han entrado en un estado de descomposición.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Annesley, J. (1998). *Blank Fictions: Consumerism, Culture and the Contemporary American Novel*. Estados Unidos: Palgrave Macmillan.
- Benavides, H. (2006). *The Politics of Sentiment: Imagining and Remembering Guayaquil*. Estados Unidos: University of Texas Press.
- Burgos Jara, C. (2007). “La vida significativa de Felipe Erickson”. Ensayo inédito.
- Ellis, B. E. (1991). *American Psycho*. Estados Unidos: Random.
- Glissant, É. (1996). *Introduction à une poétique du divers*. Francia: Gallimard.
- Laviana Cuetos, M.L. (1987). *Guayaquil en el siglo XVIII: recursos naturales y desarrollo económico*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
- Ponce-Cordero, Rafael. (2009). *La lucha de Guayaquil por un obispado propio y la pugna con Cuenca a fines de la colonia*. Guayaquil: Universidad de Guayaquil.
- “189 razones para amar a Guayaquil”. (2009). En *El Universo*, 9 de octubre de 2009. Recuperado de <https://www.eluniverso.com/2009/10/09/1/1379/razones-amar-guayaquil.html>
- Romero Holst, D. (2007). *La vida significativa de Felipe Erickson*. Guayaquil: Banco Central del Ecuador.

